

- LOR. Allá abajo. En Brihuega; en el convento; la abadesa.
- ANG. *(Llevándole más allá; espantada)*. ¡Ella!
- LOR. Pues ella.
- ANG. *(Amedrentada)*. ¡Oh, misericordia! . . .
¡Allí está el misterio, allí la culpa! . . .
¡Tras de aquellas rejas! . . . *(Recobrándose)*. ¡Allá voy! . . . No retrocedo. . .
¡No, madre mía! Iré valerosa, tengo corazón. *(A Lorenzo)*. Vas á conducirme en seguida; sin pensarlo un instante más. Dispón bagaje para el abuelo; déjalo en la senda cubierta. Iremos por el torrente. ¡Mucho sigilo! Que nadie observe nuestra salida. *(Lorenzo se va por el fondo, Angelita se vuelve á Mauricio)*. ¡Deprisa! . . . Vamos á marchar.
- MAUR. ¿Marchar á esta hora?
- ANG. Sí; usted me acompaña. ¡Deprisa! Tome un abrigo.
- MAUR. ¿Y tú?
- ANG. De mí no cuide. No tenemos tiempo. En marcha; al instante.
- MAUR. ¿A dónde, hija mía, á donde?
- ANG. ¡A mi conquista, abuelo! ¡A mi santa empresa. *[Dirigiéndose hacia la puerta*

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Locutorio de un convento. Estancia reducida, de paredes blanqueadas, con friso de madera. En la pared del fondo, á un metro próximamente del suelo y algo la-deada hacia la izquierda, la reja, cuadrilonga, más ancha que alta, de negros hierros que se cruzan formando estrechos cuadrillos, por entre los cuales se ve el interior del locutorio, suficientemente iluminado. Detrás de la reja, una cortina corrediza. Delante de la reja, una mesa y dos sillones de vaqueta. Detrás, y muy cerca también de ella, dos sillones como los de la parte de afuera. A la derecha del fondo, la puerta regular, espaciosa y cerrada por dos hojas macizas, claveteadas, con cerradura grande y fuerte. Estas hojas al abrirse hacia adentro, descubren un pasadizo largo débilmente iluminado, cuyo ángulo lejano tuerce á la derecha, figurando conducir al interior del convento. En primer término del lado derecho, la puerta de ingreso en el locutorio, la cual comunica con la portería y el vestíbulo. Al lado izquierdo, en segundo término, un tragaluz con reja y postigo. Del techo pende un farol, cuya candileja está encendida. Cuadros viejos de santos, en las paredes. Sillas de vaqueta convenientemente distribuidas. Debajo de la mesa un brasero de caja claveteada. A la izquierda de la reja el torno.

ESCENA PRIMERA.

ANGELITA Y MAURICIO. Por la reja llegan los sonidos muy lejanos y confusos del rezo de las monjas. Después de breve pausa, salen por la izquierda Angelita y Mauricio, apoyándose éste en aquella.

ANG. Ya hemos llegado. ¿Lo ve usted? Ahora puede descansar. *(Le hace sentar en un sillón junto á la mesa)*.

- MAUR. Fatigadito vengo. ¡Ya no valgo nada.
ANG. ¡Se ha empeñado usted en que yo fuese en el arre!
MAUR. Era mucha jornada para tí, dijecito mío. Con la impaciencia que tú traías, nos hemos metido por las trochas más difíciles. ¡Y á qué paso! Te habrías deshecho los pies. Yo en seguida me habré repuesto.
ANG. (*Aplicando el oído junto á la reja*). Las monjas están en el coro.
MAUR. ¿No te lo venía diciendo? La novena de Animas. Era inútil apresurarnos para llegar á esta hora. En fin, tendremos paciencia. Dime, ya que se queda Lorenzo allá fuera, ¿por qué venimos al convento? ¿Qué te propones hija? Explicame este viaje.
ANG. No me pregunte.... Déjeme. Yo se á lo que vengo.
MAUR. Bien es que me entere yo.
ANG. (*Impaciente*). Luego lo sabrá usted todo.
MAUR. ¡El geniecito!..... Como tú quieras. (*Levantándose con trabajo*). Pues me he cansaúo de verdad.

ESCENA II.

DICEOS Y LORENZO.

- LOB. La señora no puede en este momento venir al locutorio. Está en la novena. Quedó la portera en llamarla así que se concluyan los rezos.
MAUR. Veremos si acude, porque no siendo esta hora ordinaria.
ANG. Nada importa. Ella bajará.

- MAUR. ¿Se ha consumido el brasero? Naturalmente; á estas horas.... Bien se agradecería un poco de rescoldo.
ANG. (*Hurgando solícitamente con la badila en el brasero*). Ni chispa.
MAUR. Sea por Dios.
ANG. ¿Tiene usted frío?
MAUR. Estaba la noche de invierno. (*Se deja caer en el sillón, envolviéndose en la anguarina*).
ANG. (*Cogiéndole las manos*). ¡Heladito llega!.... ¡Si está tiritando! ¿Se siente usted mal?
MAUR. No, mal no; pero medianejo, medianejo.
ANG. ¡Pobre abuelo mío!..... ¡Claro! Con tanta emoción desde ayer.....
MAUR. ¡Me haceis llorar!.... ¡Resucitais todas mis penas!
LOB. La portera tenía allí una lumbre muy rica.
ANG. Eso es. ¡Qué buena idea le ocurre á Lorenzo! Váyase á la portería, y allí al calorcito, se rehace usted, y echa su sueño tan hermoso. Vamos.
MAUR. Mira; ello será fuerza, si he de cobrar ánimo para volvernos.
ANG. Para volvernos; ahí está.
MAUR. Pues voy á la portería.
ANG. No necesito ahora de usted; le avisaré cuando me haga falta. (*Arropándole y conduciéndole hasta la puerta*).
MAUR. Luego saré otro hombre.
ANG. Ciertamente.
MAUR. A la portera le voy á dejar todos mis alifafes. (*Vase acompañado de Angelita, la cual vuelve á entrar después de un momento*).

ESCENA III.

ANGELITA Y LORENZO.

ANG. (*Moderando la voz*). Aquí he venido fiándome de tu palabra. Concluye tus explicaciones. En el camino, mi abuelo nos ola; nada te he preguntado. Ahora estamos solos. Habla.

LOR. Si, señorita.

ANG. (*Sentándose á la izquierda*). ¿Tú estás seguro de lo que has dicho?

LOR. (*De pie junto á ella, conteniendo así mismo la voz*). Como de que nai de morirme.

ANG. Y esa certeza, ¿cómo la alcanzaste?

LOR. Por lo que vide con mis ojos.

ANG. ¿Qué vieron?

LOR. Lo que vieron... Aunque lo guardé muy clavao, nunca hice de ello cuenta, hasta que más tarde sonó lo que oyeron mis oídos.

ANG. Dí, aprisa; no te entretengas.

LOR. Porque lo que yo vide cuando chicuelo, fué que en mi casa... la del montaraz, que era mi padre, allá en el bosque confíguo á la granja... Allí vivíamos.

ANG. ¡Sí, sí!... adelante.

LOR. Pues miraron estos, que una noche, allí en la caseta, había un hombre moribundo. Cuando el disparo que le acababa de tender, sonó el traquido en toda la selva. ¡Y bien que lo oímos nosotros! Cenando estábamos. Se había recogido

padre muy tarde... Y padre cogió su escopeta y echose al campo. «A vér lo que ocurre.» Poco tardó en volver. Volvía con el otro. Y el otro... ¡mala herida que traiba!... Allá lo tendimos y no se abrieron sus ojos ni su boca. Murióse el hombre, y á la tarde siguiente vinieron por el cadáver y lo enterraron.

ANG. ¡Continúa!

LOR. Después que nos hubimes quedado solos, díjome el viejo con su traza tan arisca: «Muchacho, que hay que guardar la boca, que el no guardarla traería desazón y mengua para nuestros amos.» ¡Para nuestros amos! Le juré silencio. Y desde entonces, hasta que le llamó Dios, que no fué tardío, á cada instante solía el viejo decirme: «Lorenzo, punto en boca.» Yo: «Punto en boca.» Hasta hoy.

ANG. ¡Continúa!

LOR. Cuando me hice grande, comencé á sentir las habillitas que por ahí corrían.

ANG. ¡La impostura, la calumnia!

LOR. Tal la llamaba yo para mi capote. «¿Disparatará esa gente con lo que dice? ¡Esto es un falso testimonio!»... Pero mas que lo fuera... yo, punto en boca. Lo jurado. Hoy, sí; hoy me descoso los labios y se lo digo á usted. Ha sido esa una patraña muy grande, señorita, una mala fama de gente ignorante y ciega, porque... Oiga usted esto... Lo que toca al lance... Es verdad que aquel debió ser un lance de amores ocultos.

ANG. ¿Y piensas tú?.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

- LOR. No pienso más ni menos de lo que me consta. Por lo que ocurrió.... Y lo que ocurrió fué, que ya muy avanzada la noche, cerca de la amanecida, llamó á nuestra puerta una mujer. Ya digo... Sola veniba, recatada, más amarilla que una defunta. Buscaba al herido; ya le halló muerto. Ni lo que dura un padre nuestro se detuvo junto á él. Y volvió á salir como perseguida.
- ANG. ¿Y aquella mujer?
- LOR. Aquella mujer no era la del amo.
- ANG. ¿Era?.....
- LOR. ¿Ve usted donhe estamos ahora? Pues la que está más adentro.
- ANG. (*Levantándose agitada*). ¡Allí, entre aquellas sombras! (*Mirando á la reja*). ¡Ellas me darán la luz!
- LOR. Bien ve usted que no la engañaba; ahí tiene mi secreto. Debi guardarlo, porque á truco de lo que remedio, espía soy de otra culpa. Al cabo lo he vendido. Perdónemelo Dios, y mi padre, y aquellos con quienes me creiba en obligación. Pero éste manda, éste arrea, éste azuza.... (*Dándose en el pecho*). Y cuando aquí se siente uno que muere de la viborilla, entonces se hace uno renegado, y dá la vida, y se juega la gloria! (*Pausa. Angelita sin atender á Lorenzo, mira por la reja, acercándose á ella. Suena en el interior del convento una campana*).
- ANG. Silencio. Lllaman á la abadesa.
- LOR. ¡Cierto; es una señal!
- ANG. (*Escuchando*). Ha cesado el canto. Ve-

- te; ella va á venir. (*Empujándole hacia la puerta*).
- LOR. (*Al salir obligado por Angelita*). Bueno. Allí aguardo. (*Vase*).

ESCENA IV

- ANGELITA, RAIMUNDA. Más tarde una MONJA. Raimunda aparece en el aposento interior del locutorio.
- ANG. (*Hecha á un lado de la reja, pegada á la pared entre aquella y la puerta seglar*). ¡Estoy temblando!..... ¡Ay, qué dura prueba!.... ¡Por tí, madre!... A tí me encomiendo.....
- RAIM. (*Llegada á la reja*). ¿Ave María Purísima?.....
- ANG. (*Sin moverse; en voz baja y temblorosa*). Sin pecado concebida.
- RAIM. ¿Quién es?
- ANG. (*Mostrándose*). ¡Tía, soy yo!
- RAIM. ¡Oh, que es mi sobrinita amada, nuestro tarrito de miell! ¡Séntate, hija mía! (*Angelita se sienta en uno de los sillones contiguos á la reja. Raimunda lo hace en uno de los que están al lado de allá*). ¿Cómo á estas horas? Ya no te esperaba. Vienes á traerme mi parte de enhorabuena en tu festividad de hoy! ¡Cuéntame; háblame de tus regocijos, de tu novio, de todas tus dichas!
- ANG. (*Después de un breve momento de duda*). ¡Tía, no traigo enhorabuena!
- RAIM. ¡Jesús! ¿Qué dices?
- ANG. Ya no tengo yo novio, ni alegría, ni esperanzas de gloria en el mundo. Soy una afigida criatura que llega hasta el pie de esta reja, implorando un gran be-

- neficio, una gran caridad, una obra santa de misericordia.
- RAIM. ¡Tú, Angelita!
- ANG. ¡Concédamela usted!... Dios manda hacerlas.
- RAIM. ¿Y lloras?
- ANG. Amargamente.
- RAIM. ¿Por qué razón?
- ANG. Por mi madre.
- RAIM. (*Aterrada, y cogiéndose á los listones de la reja*). ¡Por tu madre!.....
- ANG. Por ella.
- RAIM. (*Alza la mirada*). ¡Señor, Dios mío!...
- ANG. Lloro por mi madre sacrificada, calumniada, desconocida por el esposo que la adoró. Me la acusaron, me la acusan de haber infamado... Dicen... ¡No sé, no sé! Yo no acierto á repetir semejante hatajo de torpezas... Ignoro aun si las comprendo. Una falta que no fué suya, un delito ajeno que salpicó de todo su frente limpia... ¡Lloro esta injusticia, me muero de aquel dolor!
- RAIM. (*Dominando su honda inquietud*). Angelita... niña amada... Oyeme. Es necesario que me atiendas. Bien sabes cuánto te quiero, ¿no es verdad?... tú bien lo sabes. Pues mira, debes alejar de tu mente esas ideas. Recóbrate hija mía. Torna á tus festejos, á tus dulces amores, á tus bienandanzas.
- ANG. No. Eso es imposible, porque hice un juramento.
- RAIM. ¡Un juramento! ¿Y cuál?
- ANG. Aquella mancha, señora, necesita ser purificada; aquel castigo demanda una reparación. Obtenerla, es lo que he jurado.

- RAIM. Aquí no te la pueden dar. Vienes engañada.
- ANG. (*Poniéndose en pie, bajando la voz*). Sor Magdalena, en ese claustro se refugió la que en el siglo fué pecadora.
- RAIM. (*Airada, imponente*). ¡Calla! Te lo mando. Palabras de insulto son las tuyas.
- ANG. ¡De insulto!... ¡No! ¡de insulto, no!... ¡Si digo que vengo suplicante, humilde!... ¡Si soy una mendiga!... Oígame con reposo. La revelación... yo no la quiero para divulgarla. Sea la confianza cautelosa, aquí, en este sitio oculto, y en voz tan débil... tan débil, que solo pueda enterarse mi padre con el oído pegado á estos hierros.
- RAIM. ¡No, no! Aquí no se encuentra lo que buscas.....
- ANG. ¡Míreme, que caigo de rodillas, beso estos hierros, se me deshace el corazón en lágrimas!.....
- RAIM. (*Atribulada, descubriendo al fin su agitación*). ¡Basta, no prosigas! Aparta, déjame. Vé á serenar tu locura y tu descomedimiento.
- ANG. Vine para no volverme.
- RAIM. (*Retirándose de la reja*). Me retiro yo entonces. Adios.
- ANG. Es en vano que huya. (*Asida á la reja*). Yo no me voy, yo continúo asida á estas barras.....
- RAIM. (*Precipitándose á la reja*). ¡Silencio!
- ANG. Y mis lamentos entrarán por esos pasadizos, hasta el último rincón de la clausura.
- RAIM. ¡Modera la voz!... Guarda respeto... Ya te escucho... Habla. (*Déjase caer*

*vencida en el sillón y queda en él absor-
ta, desconcertada, con la cabeza baja.
Su propósito es de oír y no contestar):*

ANG.

¡Sí, hablaré hasta que brote el calor en ese espíritu helado! No tema los reproches de mi padre, ni los míos tampoco. Olvidaremos aquel daño, para vender la merced. Nuestro cariño hacia usted, crecerá; la gratitud lo hará inmenso. Yo grabaré en estas baldosas con mis labios, el nombre de mi bienhechora. Y nuestra alquería desolada, volverá á sonreír como en otro tiempo. ¡Cuánto bien, solo con extenderse esa mano!...

¡Y qué ejemplo de virtud, y qué acto de justicia!... ¿Cuál sería el alma que no se rindiera? ¡Si usted es buena, si usted nos quiere!... ¡Hable!... Lo pido yo, lo clama el cielo. Nada todavía!... ¡Hable, responda! Parece que en usted la calumnia se ha hecho piedra. (*Pausa, Raimunda sigue silenciosa é inmóvil*).

¡De suerte, que no hallo piedad! Ni juegos, ni lágrimas... todo es inútil. Ya lo ves, madre mía; no hay redención para tí. La ignominia te acompaña en vida y muerte. Iré á borrar con mis piés el sitio de tu huesa; que nadie la conozca, que nadie pueda decir: «Aquí enterraron á la mujer culpable, á la perjura.» ¡Que así te llaman! Tal juicio dejaste. ¡Y quien puede no te acude! en una celda del convento, allí tienes otra tumba; allí yace sepultada tu honra.

RAIM.

(*Levantándose con efusión y arranque*). ¡No, te engañas! Su honra vive. De honra y virtud murió tu madre corona-

da. Yo hablo de ella á Dios en todas mis horas; rezo por su bienaventuranza eterna. Ama tú el recuerdo suyo; eleva por ella tu oración más pura. ¿Querías un grito de mi corazón? Oyelo, Angelita. Tu madre fué una santa.

ANG.

¡Sí, sí!... ¡Benditas palabras!... ¡Que las oiga mi padre! Le traeré conmigo á que usted se las repita. Y al solicitar él la prueba de que no son mentirosas, usted también será honrada y santa: va usted á hacerle toda la revelación.

RAIM.

¿Qué más pretendes de mí? ¿Lo que he dicho no basta?

ANG.

¿Cómo puede bastarme! Lo que ha dicho no desvanece el error. Y mantenerme el error es mantenerme la calumnia. Lo que aquí hace falta, es una franca confesión.

RAIM.

La confesión obliga al sigilo, y tú amas á un hombre, y vas á ser suya, y á él harás dueño de tus secretos.

ANG.

Es verdad; sí. Quiero á un hombre; pero ya están rotos los lazos que á él me ligaban. No he de ser suya.

RAIM.

¿Cómo es posible?

ANG.

Vengo á recluirme en el convento.

RAIM.

¿Será eso cierto!

ANG.

Sí; al lado de usted, siempre á su lado.

RAIM.

¿Quieres vestir el hábito?

ANG.

Obligada estoy. Lo he prometido.

RAIM.

¿A quién hiciste tal promesa?

ANG.

(*Rápidamente*). A mi madre... Le he ofrecido este voto. Y ahora se lo ofrezco á usted.

RAIM.

¿A tal sacrificio te dispones?

ANG.

Resueltamente.

RAIM. ¿Y cuándo entrarás en la reclusión?
 ANG. Así que oiga á mi padre invocar con amor el nombre de mi madre.
 RAIM. *(Después de pensar un momento)*. Júrame lo por la memoria de tu madre.
 ANG. Por ello lo juro y en el nombre de Dios.
 RAIM. Pues bien. . . . *(Suena dentro la campana. Toque igual al de la vez anterior)*. Me llaman á mí.
 ANG. ¡No me deje usted! . . . ¡Concluya! *(En el interior del locutorio aparece una monja; Raimunda se vuelve y se acerca á ella, hablando las dos brevemente)*. Iba ya á acceder. ¡Señor que no desista! *(La monja se va; Raimunda se acerca otra vez á la reja)*.
 RAIM. Es tu padre el que viene á verme. Hállase en el otro locutorio.
 ANG. Dios nos le envía en tal momento.
 RAIM. Dice que viene á despedirse.
 ANG. Sí; se desterraba otra vez. ¡Ya no tendrá motivo!
 RAIM. No; le he llamado aquí. Yo también voy hacer mi sacrificio.
 ANG. ¡Oh, qué contento y qué felicidad! *(Corre á la puerta)*. Ya viene. ¡Padre, padre, venga usted! *(Entra Clemente; ella cierra la puerta, corre á él, le estrecha en sus brazos)*. ¡Mi madre fué inocente! Ahora va usted á verlo.

ESCENA V

DICHAS, CLEMENTE,

CLEM. Ya me han dicho que aquí estabas.
 ANG. *(Volviéndose á él)*. Ni una palabra. Ahí está quien debe hablar. Llegue, padre

y escuche. *(Le conduce á un sillón inmediato á la reja, Raimunda está en pie detrás de los hierros, aguardando en actitud resignada, bajos los ojos y cruzadas las manos)*.
 CLEM. *(Llegado ya á la reja)*. ¿Qué es esto hermana?
 ANG. Mi anhelo que se cumple, mi conquista que está hecha; ¡que mi madre era inocente!
 CLEM. ¿Qué pasa aquí?
 ANG. Oiga á su hermana. Ella es quien la vindica.
 CLEM. *(A Raimunda)*. ¿Me engaña esta criatura?
 RAIM. *(Con voz apagada, sin levantar los ojos)*. No; no te engaña.
 CLEM. ¿Qué puedes decirme? ¿Palabras huecas como los demás? ¿Qué sabes tú de mis desdichas?
 RAIM. Yo se la verdad. Tú vas á oirla.
 CLEM. ¡Oh, Dios! . . . Me asombra. Ya te escucho. *(Siéntate)*.
 ANG. Yo guardo esta puerta. *(Cerrando la de la izquierda)*.
 RAIM. ¡Ayúdame Dios mío! *(Pausa larga. Raimunda, inmóvil, siempre en la actitud expresada, vacila antes de comenzar su relación; Clemente, sentado, espera sorprendido y ansioso; Angelita, de pie á la izquierda, separada de la reja, en actitud prudente y respetuosa, vuelta de espaldas á aquella, sigue anhelante el relato de Raimunda, que está al fin empieza con frase tarda y voz apagada)*. Clemente, una mujer delinquiró en tu casa; pero esa mujer no fué la tuya. Otra, además de ella, vivía á tu lado. . . . recuérdala, orgullosa y austera. Esa fué

la que delinquiró. Vas á saberlo todo. Para mí eran las visitas nocturnas de aquel hombre que te puso en sospecha; y cuando me sacaste de la quintería y me condujiste á Archilla, tu resolución vino á turbar los desvaríos de aquella falta. ¡Dura separación nos impusiste! Al cabo simulaste una partida, yo la creí verdadera; llamé al hombre amado para vernos en mi estancia del cortijo, el abrigo seguro de nuestros amores, y aquella noche terrible, aquella noche, el enemigo, á quien heriste de muerte al pie de tu cercado, iba á buscar, no á la mujer que junto á ti guardaste, sino á la otra, á la que presumias lejos; á ella, que, enajenada y pecadora, habia tenido valor para salir del pueblo, para recorrer sola el camino desierto, largo y obscuro que la separaba, del cortijo. Desde la ventana, amparada por la noche, ví llegar al dueño y señor de mi conciencia; desde allí le ví caer. . . . Salí de la granja, busqué al herido: ya le hallé muerto, y huí camino otra vez del pueblo, donde amaneció sin que nadie hubiese sospechado mi fuga. Al día siguiente me noticiaron que tú habías emprendido un viaje largo y remoto. Al otro día me vine al convento. *(Pausa. Clemente llora, la frente entre las manos, sentado en el sillón. Angelita llora también, afectada por la escena, y mirando á su padre).* Ahora me despido de tí para siempre. Tu presencia me sonroja y me intimida. Adios. No vuelvas á llamarme á esta reja.

- CLEM. ¡Aguarda! . . . ¡y llora conmigo! . . .
¡Lloremos por nuestra víctima!
- RAIM. ¡Adios, adios, Clemente!
- CLEM. ¡No! no te vayas aún. Quiero que al tiempo que me veas llorar, me oigas bendecir. Porque, en medio de estas tristezas, apunta una gloria, y amanece en mi vida, tras de una noche larga y tempestuosa.
- ANG. *(No pudiendo ya contener la emocion).*
¡Padre!
- CLEM. *(Recibiéndola en sus brazos).* ¡Tú, hija, tu has producido estas venturas!
- RAIM. *(Impaciente).* Despidámonos ya, Clemente.
- CLEM. Vuelve á tu retiro, hermana. Has hecho una buena obra. Dios te lo pague.
- RAIM. *(Acercándose del todo á la reja, con intención, mirando á Angelita).* He cumplido la promesa que hice á tu hija.
- ANG. Si, es cierto. Yo cumpliré á usted la mía.
- CLEM. ¡La tuya!
- RAIM. ¡Y cuándo?
- ANG. En seguida, dispuesta estoy. Así que se abre esta puerta. *(Raimunda corre la cortina y se va).*

ESCENA VI.

ANGELITA Y CLEMENTE

- CLEM. ¿De qué habla mi hermana? ¿Qué promesa le has hecho?
- ANG. Padre, hecha está y hay que cumplirla. He de entrar en el convento.
- CLEM. ¡Tú! . . . ¡Oh, eso no!
- ANG. Ahora mismo. Esa es la promesa.
- CLEM. Jamás daré mi consentimiento.

ANG. El de esa pobre mujer ha sido un acto de cruel abnegación. En usted confía, sabe que la amparará con su silencio. En mí, no confía. . . . y tiene razón, yo lo conozco. Hay que dar á la abadesa una seguridad firme; que no la atormenten el miedo de verse murmurada por el mundo, cuando ya al mundo no pertenece. Que me tenga á su lado; que custodie ella misma su secreto.

CLEM. No, hija, no. No puedes separarte de mí. Me quitarías la vida.

ANG. ¡Ay! . . . ¡La vida me dejó yo entre vosotros! Pero es preciso. Conseguí mi ambición. Ese es el precio. ¿Lo defraudaría ahora? Padre, en este santo negocio no ha de haber engaño. Va usted á consentir. Es fuerza pagar lo que debemos.

CLEM. ¡Ha de ser mi expiación! Inclino mi frente.

ANG. ¿No le dejó feliz, no he consolado sus duelos? . . . ¡A sus haciendas ahora, á vivir tranquilo, puro de rencores y de sospechas! Allá con el pobre abuelito. . . ¡Qué alegría para ese anciano! Voy á llamarle. (*Desde la puerta*). ¡Abuelo, abuelo! . . . Está en la portería.

CLEM. Y Santiago está con él. Bajó acompañándome.

ANG. Cierto; cumplía mi encargo.

ESCENA VII.

DICHOS, MAURICIO, SANTIAGO.

ANG. ¡Abuelito, viejito mío! . . . ¡Venga, venga también! ¡Abráceme y bésame!

(*Yendo á sus brazos, acariciándola*). Abrace á mi padre. (*Conduciéndole á abrazar á Clemente*). ¡Dios me ha valido abuelo! ¡Triunfé!

SANT. ¿Se logró tu afán!

MAUR. [*Tembloroso, anhelante*]. ¿Es cierto?

CLEM. Sí, lo es, don Mauricio. ¡Venga usted acá! (*Abriéndole los brazos*).

MAUR. (*Volviéndose á Angelita, acariciándola con transporte*). ¡Y es ella, hijo mío! . . . ¡Es ella quien lo ha hecho! . . . Este angel de nuestra guarda. ¡Ella, que obra milagros lo mismo que una santita! Así pues, nos volvemos los tres juntos á nuestra casa. (*A Santiago*). Y usted forma en el convoy.

SANT. ¿Es verdad? . . . Vamos. . . .

ANG. No; no es verdad. Yo no vuelvo.

MAUR. (*A Clemente*). ¿Qué es lo que dice?

SANT. ¿Por qué, Angelita? (*Llevándosela aparte*). ¿Por la exigencia de ese bellaco?

ANG. Porque lo prometí.

SANT. ¿Con quién? . . . ¿Con alguien más? . . .

ANG. Conmigo misma.

SANT. ¡Ah! ¡No es contigo, no! . . . Ya adivino. . . .

ANG. Nada adivines. Detén tu pensamiento. Sé caballero. Calla y respeta mi obligación.

SANT. Callar mis sospechas, bien. Pero, ¡Perderte! Eso es imposible.

ANG. ¡Calla, Santiago! . . . ¿Por qué has venido?

MAUR. Pero, ¿es un sueño esto? . . . ¡Tú dejarnos! ¡Yo no lo quiero!

CLEM. (*Bajo á Angelita*). Hija, yo le suplicaré á mi hermana.

- ANG. ¡Dejadme, dejadme en paz! ¿No me estáis viendo que también lloro? Mis lágrimas son más amargas aún que las vuestras. Soy la más débil. ¡Oh, no! Ya no lloro. Vedlo; animosa estoy y no lloro. (*Yendo á la puerta del fondo*). ¿No abren todavía? ¿Por que tardan? (*Dando golpes en la puerta*). ¡Abran! ¡Vengan ya por mí, que no puedo más, que vacilo, que desfallezco!... (*Apoyándose con las manos en la puerta y la frente en las manos*).
- SANT. ¡Oh, amor y bien mío! No pise tu planta ese umbral. (*Oyese detrás de la puerta ruido de llaves*).
- ANG. (*Volviéndose*). ¿Oyes? Ya van abrir.
- CLEM. ¡Oh, Dios piadoso!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, UNA MONJA, luego RAIMUNDA.

(La puerta se abre de par en par; una monja con el velo al rostro es quien la abre y se queda luego inmóvil á un lado, cerca del umbral, en la parte de dentro).

- SANT. (*Haciéndose atrás aterrado*). Se abre la sepultura.
- ANG. (*Reprimiendo su dolor*). Sí, abierta está. Y á mí me espera.
- SANT. ¡Yo lograré que se cierre otra vez! ¡Oígame la abadesa! [*Dirigiéndose á la puerta*]. ¡Sálgan, escúchenme todas las reciusas de esta casa!... Usurpan mi derecho; me despojan, ¡Es mía esta mujer! ¡Mía, porque me ama! Oíganlo bien: me ama. Sus botos serán blasfe-

- mos, porque apartará de Dios su pensamiento para ponerlo en mí. Y vendré yo á esas rejas y dominaré en su espíritu, y el templo y el locutorio, todo el santuario será para nosotros sitio de impiedad y perdición.
- ANG. Basta, Santiago. Son inútiles tus voces. (*En el ángulo del pasadizo aparece Raimunda con el rostro velado; allí se detiene muda é inmóvil*). ¿No ves allí? Ya tardo. (*Reuniendo á todos en torno de ella*) Adiós, padre... Adiós, abuelito. No se desconsuele. Aquí me tendreis; vendreis á verme los dos, [*A Santiago cogiéndole la mano*]. Tú, no, Para tí es la despedida eterna. Adiós. Ha sido necesario. ¿No me prometiste ayudarme en mi empresa?
- SANT. ¡Te quiero tanto!
- ANG. Sí; yo también te quiero. De nuestro amor es obra esta reparación. Amar es esto. unirse para el gozo y para el sacrificio. La felicidad engalana el cariño; el sufrimiento lo consagra. Lloro pobre Santiago, pero resignate; así me habrás querido bien.
- SANT. ¡Oh, noble heroína!... Hágase tu generosa voluntad. Yo te consagro mi martirio. Mi martirio que será perpétuo, porque no te olvidaré.
- ANG. ¡Yo á tí tampoco! Allí viviré recluida con la memoria tuya. Y no será sacrilegio, no; Dios no lo reprobará, porque yo le diré: «¡Señor, tú me has asistido, te traigo la ofrenda de mi agradecimiento!» Y mi ofrenda es tu cariño, Santiago; y cuanto más piense en tí

más grande será la ofrenda. (*Vuelta hacia los demás desde la puerta reglar*). Adios, (*Mauricio la besa un pliegue del vestido, Clemente en la frente. Grupo*).

MAUR.

¡Ve cuántas lágrimas!

ANG.

Es cierto. Aquí todos lloramos; pero mi madre sonríe.

CLEM.

Por tí rogaremos todos.

ANG.

Por mí, no. (*Señalando al cielo*). ¡Por ella.. todo por ella! (*Introdúcese en el pasadizo con pie vacilante. La abadesa da un paso para recibirla. Clemente contempla á su hija con amor y admiración. Mauricio se deja caer desconsolado en un sillón. Santiago llora apoyado en el hueco de la puerta. Ésta se cierra. Cae el telón*).

FIN DEL DRAMA.

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDA DEL CATALAN

POR

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO CALVO-VIGO de Barcelona, el 26 de Julio de 1883 y en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid el 20 de Noviembre de 1891.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
AGUILA 12

1898